

## En tributo a María Luisa Ríos

Llorar por la ausencia de María Luisa Ríos es como llorar por otro hermoso paisaje de Cuba que se pierde. Es como llorar cuando nos cercioramos de que todo lo dejado en la Patria es sólo la imagen que hemos atesorado en el recuerdo.

Cuando reencontramos a María Luisa en el exilio nos invitaba a pasear en un próximo mañana por las calles adoquinadas de Aguiar y Compostela, por la Iglesia del Angel, y escurrir por los portones y las rejas de las casas descubriendo nuevas líneas y luces, matices o colores. Cada pequeño rincón de La Habana perduraba firme y nítido en el pensamiento de la artista, quien plasmaba todo el encanto del ambiente cubano en diminutas flores sobre la cabeza de sus negritas vestidas de encaje, y los guajiritos con sombreros de yarey iluminados.

Ese reencuentro con María Luisa Ríos ocurrió en la primera función del GUIGNOL en el exilio, en plena calle Flagler y 22, donde aquella viejecita emocionada invitaba a los niños al final de la función a mirar hacia el cielo y adivinar en las nubes la presencia de nuevos ángeles como una prolongación de la escena navideña que habían visto por los títeres.

Me sentí feliz de volver a sentir la presencia vital de la misma artista que tantas veces en Cuba nos enseñó a descubrir en cada cosa una forma nueva de vida para el arte. Que no importaba para el artista carecer de los materiales para crear. Una lata vacía, un cartón, un cartucho, podían, con imaginación, convertirse en un avión, en una flor, o en un pájaro. Y todos a su alrededor recibíamos su entusiasmo por hacer del arte una tarea primordial para sobrevivir en el ámbito caótico del mundo.

Muchos niños de ayer, que todavía podemos conservar la infancia dentro, recordamos con devoción las funciones hechas por niños en el Lyceum donde María Luisa ponía a cada niño a crear un mundo diminuto de máscaras y muñecos.

Muchos recordamos las jornadas dominicales del Jardín Botánico donde los niños adiestrados por ella podían pintar un curioso paisaje en su propio estilo.

María Luisa Ríos ha sido un vivo ejemplo del arte cubano. Pintó la Cuba alegre de todos los tiempos, y ya en el exilio pintó los mismos jardines cubanos, pero incluyendo la cara de un Cristo triste, o de un Quijote melancólico. O pintaba una espina punzante que nunca antes había pintado en sus rosas...

Tal como me dijiste hace poco, María Luisa, pronto volveremos a caminar por tu Haba-

na Vieja. Irás a nuestro lado, sonriente como antes, y encontraremos nuevas luces en los viejos vitrales, y en cada ventana enrejada veremos miles de cosas nunca imaginadas. Ese será mi pequeño homenaje a tu inmenso talento.

PEPE CARRIL



Envíe sus cartas de opinión firmadas y con su dirección y teléfono a Correo, El Miami Herald, 1 Herald Plaza, Miami, Fla. 33101.